

Capítulo 15 - La Bestia

Reclama su Trofeo - La

Balada de un Dragón

Semibenevolente

Doomwing encontró el huevo de la fenix con gran facilidad. Estaba exactamente donde Lydia había dicho que estaría. Los lobos lo habían llevado a las tierras siguientes, y el huevo estaba escondido en una cueva grande que la manada había destinado como su guarida. Podría haberlo pasado por alto si no hubiera sabido buscarlo; el huevo estaba tan agotado de energía que apenas se distinguía, pero él ya había visto huevos de fenix antes. Era algo sutil, pero tenían una presencia particular que le recordaba a los Primeros Dioses. Se detuvo en el aire, por encima de la cueva, y dejó que su magia transmitiera su voz hacia el interior. “Sabes lo que deseo. Entrégame el huevo y podrás vivir. Rehúsa y morirás.” Ya había tratado con lobos ascendidos en el pasado. A pesar de su mayor inteligencia, eran prácticamente iguales que sus hermanos menores. Respetaban la fuerza por encima de todo, y cualquier intento de negociar lo veían como una muestra de debilidad. Tontos. Los dragones no negocian por debilidad, sino como una cortesía. Rechazar una oferta era el camino directo a la lucha. Los lobos no respondieron, y Doomwing apuró una runa mayor de visión sobre la cueva. Su sangre fundida ardía con un volcánico enojo al ver lo que sucedía. El líder de la manada, un lobo de fuego macho, del tamaño de una pequeña casa, tenía el huevo en sus mandíbulas y trataba de devorarlo. Solo la resistente naturaleza del huevo y el poder que aún conservaba habían evitado que fuera engullido, pero no duraría mucho más. Doomwing gruñó, y las corrientes de magia ambiental en el entorno se retorcieron y enroscaban como serpientes enfrentadas. ¿Se atrevía a intentarlo? Tonto. Ya no había espacio para negociaciones. Solo quedaba la muerte. Todos los dragones podían escupir fuego. Sin embargo, diferentes clases de dragones tenían acceso a otros ataques de aliento. Los dragones de hielo pueden también respirar frío. Los dragones de tormenta, relámpagos. Doomwing era un dragón nova. Además del fuego, podía expulsar fuerza pura. Era como golpear a sus enemigos con un martillo de guerra gigante. Cuando usaba su aliento de fuerza, sus enemigos no quemaban, sino que se reducían a pulpa, aplastados y explotados en un mismo instante. Aunque, claro, como todo dragón que se precie, había perfeccionado el uso de su ataque de aliento. Podía hacer mucho más que fuerza bruta. Su aliento era, en realidad, una forma de telequinesis. Sí, era más fácil destrozar cosas con él, pero había aprendido a utilizarlo también para tareas que, de otro modo, serían complicadas, como manipular objetos pequeños o delicados. Con los años, su dominio había llegado a niveles absurdos. De la misma forma que un dragón primordial de inferno podía simplemente imaginar fuego y hacerlo existir sin necesidad de respirar, Doomwing podía generar fuerza telecinética con

solo desearlo. Por supuesto, las fuerzas que podía crear eran aún mayores cuando se manifestaban en forma de aliento. Y qué lástima que todas las Catástrofes que enfrentó tenían habilidades que las hacían inmunes a ciertos usos más directos de su telequinesis. Su vida habría sido mucho más sencilla de no ser así. Los lobos no poseían tales habilidades, y Doomwing no estaba de humor para tener piedad. Tomó una respiración profunda, y el suelo debajo de él se estremeció y rasgó hacia arriba. Arrancó la cima de la cueva y la lanzó a un lado. De repente, expuestos al cielo abierto, los lobos de fuego le miraron con una mezcla de asombro y terror. Los más astutos intentaron escapar, mientras que el líder intentaba aplastar el huevo en sus mandíbulas. Ninguno se movió. Ninguno pudo. Todos estaban atrapados por el poder de Doomwing. Esa era la razón por la que rara vez usaba su telequinesis en combate: eliminaba toda la diversión. Criaturas inferiores como estos lobos no tenían ninguna oportunidad de resistirlo. Aspiró otra vez y arrancó el huevo de la boca del líder. Si la cabeza del lobo se deshacía en una explosión de carne y huesos destrozados, pues, no debía haber intentado comer lo que era de Doomwing. Los demás lobos permanecieron paralizados, y Doomwing fortaleció su poder y exhaló. Los lobos estallaron en pedazos, y él se tomó un momento para saborear el espectáculo de destrucción que había creado. Es una lástima que todas las Catástrofes que enfrentó tuvieran tanto poder, además de habilidades exóticas, que simplemente explotarlas no era posible. Lo intentó, pero no serían Catástrofes si pudieran ser matadas con tanta facilidad. En su lugar, tuvo que usar su aliento telequinético de otras formas, como concentrar toda su llama en un vástago de calor ultrafino, afilado y de alta velocidad. Eso fue divertido aunque completamente excesivo para algo que no tuviera al menos la fuerza de un dragón primordial. Con los lobos muertos y el huevo en su poder, Doomwing se detuvo a examinarlo con atención. El huevo era una esfera perfecta, de unos tres pies de diámetro. Debería haberse rodeado de un resplandor de calor tan intenso que los lobos habrían sido quemados vivos mucho antes de poder tocarlo, y su superficie debería parecerse a una roca pulida. En cambio, el huevo estaba casi frío al tacto, y su superficie parecía tierra agrietada, como aquella de tierras afectadas por sequías prolongadas. Si Doomwing hubiera llegado incluso un mes más tarde, el huevo ya no sería recuperable. El fenix dentro habría muerto nuevamente, y el huevo se habría quebrado, solo para reformarse en otro lugar. La furia le hervía en las venas solo con pensar en que un grupo de lobos le negara semejante trofeo. Los lobos habían tenido suerte de topar con el huevo justo en el momento en que se formaba, o alguien de un poder mucho mayor lo había perdido por alguna razón. En cualquier caso, no sabían cómo aprovechar adecuadamente su poder. Podrían haber llevado el huevo a un lugar sagrado para usar su energía en nuevas ascensiones, pero no, lo llevaron a estos huecos donde las corrientes mágicas eran débiles e inestables. No es de extrañar que el huevo estuviera en tan mal estado. Doomwing tejió runas de protección sobre el huevo y dejó que su magia fluyera en él. La respuesta fue inmediata, y la presencia sutil dentro del huevo se dirigió hacia él, como una flor que busca el sol o un hombre sediento que vuelve el rostro para captar la lluvia. El huevo aceptó su magia y la devoró con una hambre casi dracónica. Doomwing tuvo que moderar el flujo de su poder, para que el huevo no lo consumiera todo demasiado rápido y se destruyera a sí mismo. A medida que absorbía más fuerza, el huevo de fenix adquirió una apariencia diferente. En lugar de un bulto de tierra agrietada, ahora parecía una azabache, negra en su mayoría, pero salpicada aquí y allá con destellos radiantes de colores vivos: naranjas, rojos, azules, amarillos y verdes. Su forma se curvó en una sonrisa. Este era el huevo de un fenix estelar. Así como existen diferentes tipos de dragones, también hay distintas clases de fenix. Solo había visto a uno una vez. Ella se unió a la lucha contra la Tercera Catástrofe y se fue poco después de su derrota. Era una criatura gloriosa, envuelta en fuego estelar y con plumas como el firmamento nocturno. Había convocado una lluvia de estrellas del

cielo para bombardear a los leviatanes y krakens que rugían en los mares. ¿Sería esta la misma fenix? Tal vez. En cualquier caso, no podía estar más satisfecho con su preciado hallazgo. Un fenix estelar no solo puede producir llamas de calidez inmensa, sino que sus llamas también portan el poder de las estrellas. Lo que eso significara exactamente dependería de qué estrellas en particular estuviera vinculada la fenix, y solo se revelaría una vez que naciera y comenzara a conocer sus poderes. Sí. Estaba seguro de que la fenix en el huevo era hembra. Conoció tanto a fenix masculinas como femeninas a lo largo de los años, y su presencia era sutilmente diferente. La cuidará bien, y a cambio, ella ayudará a cuidar sus tierras y a su pueblo, afortunado de llamarlo su gobernante. Pero eso será más adelante. Por ahora, continuaría alimentando el huevo con su poder hasta que pudiera llevárselo a su volcán. Allí, el huevo podría absorber vastas cantidades de magia de manera segura, hasta estar listo para eclosionar. Y ahora, con el huevo en su poder, era momento de buscar a los enanos.

Los enanos habían establecido un asentamiento en otra margen de las llanuras, en medio de una serie de agrestes colinas que no eran diferentes de donde Doomwing había encontrado a los lobos. Sin embargo, los enanos no se habían conformado con simplemente esconderse en una cueva. En su lugar, habían tallado sus viviendas en las laderas de las colinas, usando la roca y la piedra para protegerse del clima y de intrusos. Su aldea se encontraba cerca de unas excavaciones que penetraban profundamente en las colinas. Algunas de esas colinas incluso habían sido abiertas para exhibir mejor lo que los enanos habían descubierto. Doomwing tenía razón. Habían hallado un relicario de la Tercera Edad. Era una nave celeste, una de las maravillas que los enanos y los elfos de aquella era habían construido para atravesar las nubes. Por lo que Doomwing podía ver, la nave había sido rota en varias partes que los enanos estaban desenterrando con meticuloso cuidado. Usando magia para entender mejor la zona y la nave rota, Doomwing empleó más magia para buscar en sus recuerdos. Sí. La había visto antes. Había sido una de muchas que cayeron en la batalla final contra la Tercera Catástrofe. Era un... destructor, o eso los enanos llamaban, una embarcación diseñada para la velocidad, la movilidad y la resistencia. Desde sus recuerdos, esas naves solían escoltar a las más grandes y las protegían de todo tipo de amenazas. Las naves celestes más poderosas de aquella Edad poseían armamento que ni siquiera un dragón podría ignorar, pero eran vulnerables a enjambres de enemigos menores. Los destructores, como la nave celeste arruinada que habían hallado los enanos, a menudo eran llamados a protegerlas, para que estas pudieran concentrar su poder en amenazas mayores. Como Doomwing no tenía intención de atacarlos a menos que hicieran alguna tontería, voló en forma visible, permitiéndoles verle mucho antes de su llegada. En su mérito, los enanos se abstuvieron de actitudes insensatas. Su magia no podía dañarlos, ni tampoco las armas de asedio ni los objetos mágicos que poseían. En cambio, enviaron a un jinete de gaviota para recibirlo, con el gigante ave luciendo aún más incómoda por compartir el cielo con él que el enano sobre su espalda. "Saludos", dijo Doomwing. "Soy Doomwing." El enano debió reconocer su nombre porque palideció aún más. "Oh." Se sacudió. "Eh... Gran Doomwing, ¿puedo preguntarte por qué estás aquí?" "No vine a matarlos a todos, si esa es tu preocupación." El enano se relajó aliviado. "Gracias a los ancestros..." Respiró profundo. "¿Entonces necesitas algo? No somos muchos, pero somos buenos en lo que hacemos. Si necesitas que construyamos algo, estaremos encantados de ayudar en lo que podamos." Quedó tácito que colaborarían con la condición de que él siguiera siendo un dragón razonable, amigable y cordial. "Estoy muy interesado en esa nave celeste que están desenterrando. Quisiera verla y hablar con su líder." Doomwing hizo una pausa y sonrió. El enano y la gaviota ambos retrocedieron. "Ha pasado mucho, muchísimo tiempo desde que vi a la Guardia Fuerte." "¿La... Guardia Fuerte...?" Los ojos del enano se agrandaron. "¿La conoces?" "Sí. Estuve allí cuando cayó al final de la Tercera

Edad." Los ojos del enano brillaron con entusiasmo. "¿Entonces sabes cómo repararla?" "Puede que sí o que no," respondió Doomwing. "Ahora, ¿tu líder quiere reunirse conmigo?" "¡Por supuesto!" Asintió con entusiasmo el enano. "¡Sígueme! ¡Mi padre estaría encantado de hablar contigo si puedes contarnos algo sobre la nave celeste!" Doomwing aterrizó cerca del asentamiento y esperó a que el líder de los enanos lo recibiera. Era demasiado grande para caber fácilmente entre las colinas, y habría sido grosero aplastar sus hogares sin provocación alguna. Además, quería que esos enanos se unieran a él. A largo plazo, era mucho mejor ganarse a las personas que aterrorizarlas hasta hacerlas obedecer. Pronto, apareció el líder enano, descendiendo del asentamiento a lomos de una cabra montesa con aspecto irritable. Trajo un pequeño grupo de guardias de honor, pero mantuvieron la distancia cuando el líder desmontó y se acercó caminando. Como la mayoría de los enanos, era de baja estatura pero de hombros anchos, su corpulento cuerpo cubierto por una armadura de maestría impecable. Llevaba una lanza de metal en una mano y un escudo en la otra, pero los dejó a un lado al acercarse. Siguiendo la costumbre enana, también se quitó el yelmo y los guanteletes para demostrar que no tenía intención de dañarlo—aunque no podría dañarlo, ciertamente. "Bienvenido, Gran Doomwing." El líder enano era un enano mayor, sin embargo, mantenía la espalda recta y sus ojos eran agudos. "Mis ancestros han contado historias de ti, pero creo que quizás hayan subestimado tu tamaño." "He crecido desde el fin de la Sexta Edad," replicó Doomwing. "¿Con quién tengo el gusto de hablar?" "Soy el Príncipe Harald," dijo el enano. "Antiguamente de las Montañas Garras del Cielo." "¿Antiguamente?" se rió Doomwing. "Qué interesante expresión." "Es una historia interesante," contestó Harald. "Pero mi hijo me dijo que sabes sobre la nave que hemos encontrado." "Es una nave celeste de la Edad de la Tercera Edad," afirmó Doomwing. "Su nombre es— o era— Guardia Fuerte. Los enanos la clasificaron en aquel entonces como un destructor, una nave diseñada para proteger a embarcaciones mayores y conocida por su velocidad, movilidad y resistencia." "¿Guardia Fuerte?" Harald asintió consigo mismo. "Entonces no estábamos muy alejados de la verdad..." "¿Oh?" "No podemos descifrar bien la inscripción en el casco, pero algunos caracteres son similares a los que todavía usamos. Pensamos que el nombre sería algo así como Defensor Determinado." "No está mal traducido," respondió Doomwing. "Aunque no del todo exacto." "Aye." Harald pasó una mano por su barba. "Pero tú la viste, en aquel entonces, cuando todavía podía volar?" Su voz estaba cargada de nostalgia. "¿Y había otras similares? Tú... dijiste que protegía embarcaciones mayores. ¿Cómo eran esas?" Doomwing consideró sus opciones unos instantes y luego sonrió. "Podría mostrarte si quieres, pero tendrías que confiar en mí." "¿Mostrármelo?" Harald tragó con dificultad. "¿De verdad puedes enseñarme cómo era esa nave?" "No solo esa nave. Podría mostrarte la última y más grandiosa flota celeste de la Edad de la Tercera Edad." "¿Sino me dañaría si me la mostrases?" Harald preguntó. "Tengo una responsabilidad con mi pueblo. Deseo mucho ver lo que mencionaste, pero no asumiré riesgos innecesarios." "No te harán daño." Doomwing se inclinó hacia adelante. "Dime, Príncipe Harald, antiguamente de las Montañas Garras del Cielo, ¿por qué estás aquí? ¿Por qué un príncipe en un lugar tan desolado, con quizá solo unos pocos cientos de seguidores?" Doomwing tenía sus sospechas, pero la respuesta de Harald le ayudaría a planear cómo conquistar su confianza. "¿Qué sabes sobre cómo ven los enanos a los mellizos?" preguntó Harald. "En épocas pasadas, se consideraba que los mellizos traían mala suerte," respondió Doomwing. "Creo que esa creencia proviene de algún... incidente desagradable en la Segunda Edad, cuando uno de los grandes reyes enanos tuvo mellizos que se enfrentaron en una disputa por la sucesión, que terminó con miles de muertos y el reino en llamas." Harald parpadeó. "Eso... no lo sabía." Se sacudió. "En fin, tienes razón en una cosa: los mellizos son considerados de mala suerte entre los enanos, y a menudo se dice que la doble gemela menor debe ser vigilada estrechamente, por si trama contra la mayor y le roba lo que no le

pertenece." "Y tú debes ser la gemela menor." "Aye." Harald asintió. "Mi hermano mayor es el rey de los enanos que habitan en las Montañas Garras del Cielo. Es un buen hombre, y fuimos muy unidos de niños. Pero al crecer, muchos se acercaron a mí porque no estaban satisfechos con su posición en la vida." "No sé si debo enfurecerme o divertirme por esa audacia. Supongo que rechazaste sus ofertas." "Así fue." Harald sonrió con orgullo. "Amo a mi hermano y sabía que sería un buen rey. No quise traicionarlo. Para su crédito, nunca creyó que me volvería contra él. Me nombró su principal consejero y me encargó muchas responsabilidades importantes. Sin embargo, eso no evitó los rumores..." "Solo el hecho de que te hayan abordado ya genera desconfianza hacia ti." "Así es. Y con el tiempo, esos rumores se volvieron cada vez más difíciles de ignorar para mi hermano. Él era rey, pero su poder no era absoluto. Sus apoyos desconfiaban de mí, y él temía que pronto pidieran medidas más drásticas, quizás sin su consentimiento." Doomwing resopló con respeto. "Quizá solo disimulaban y querían quitarte de en medio para poner a alguien más en tu lugar." "Aye. Eso también podría ser. Cuando quedó claro que mi hermano tendría que actuar o que alguien más lo haría, le dije que dejaría las montañas. Siempre me ha interesado nuestro pasado antiguo, y uno de nuestros exploradores había encontrado algunos vestigios en esta zona. Le dije que lideraría una expedición para investigar." Harald sonrió amargamente. "No quería que me fuera. Lo vi en sus ojos. Pero también noté cuánto le alegraba resolver sus problemas. Ni siquiera sus seguidores más fanáticos podían cuestionar que me fuera. Aquí, no tengo que preocuparme por disidentes ni por que mis enemigos envíen asesinos o saboteadores. Estoy, en todo sentido, fuera de vista y fuera de mente." Doomwing lanzó un gruñido bajo de respeto. "No puedo decir que escogiste la mejor opción, pero tampoco que fue una mala decisión. A veces, no hay decisiones buenas." "Aye." Harald miró a lo lejos, perdido en pensamientos. "Mi hermano fue un niño enfermizo, sin mucho interés en la batalla ni en las artes del herrero. Pero siempre tuvo cabeza para las cosas. Sabía hacer que todo funcionara y ayudaba a otros a sobresalir. Por eso sabía que sería un buen rey. Pero también por eso, sus enemigos siempre pidieron ayuda a mí." Harald apretó los puños. "Soy uno de los mejores luchadores entre los enanos, incluso en mi vejez, y pocos pueden igualarme en la fragua. En tiempos de guerra, sería un rey mucho mejor que mi hermano, pero no estamos en guerra, y no quiero arrebatarse su derecho de nacimiento." "Para los dragones, es diferente," respondió Doomwing. "La fuerza es lo que importa. Solo conservamos lo que tenemos la fuerza de tomar y mantener." "Debe tener mucho entonces." "Te enseñaría mi tesoro, pero te volvería loco." Doomwing tampoco mentía en eso. Los enanos podían ser casi tan codiciosos como los dragones, y cuando alguna vez mostró la totalidad de su tesoro a un enano, tuvo que borrar su memoria posteriormente para que no enloqueciera. Ragnar había sido un buen amigo, pero el enano tenía obsesión por las armas mágicas, y Doomwing tenía más de lo que sabía qué hacer. Le regaló a Ragnar un hacha fina forjada en la Primera Edad con ese propósito, aunque mintió deliberadamente sobre su origen, diciendo que era la única que poseía y no parte de un arsenal que había confiscado en la Segunda Edad. "Quizá valga la pena," dijo Harald. "Pero sobre la nave celeste, dijiste que podías mostrármela a mí y a muchas otras, y que no me harían daño." "Te lanzaré un hechizo para que caigas en sueño, y luego te las mostraré en forma de sueño." "¿Puedes hacer eso?" preguntó Harald. "Por supuesto. Soy Doomwing." Por supuesto, hacía poco que había perfeccionado su capacidad de sueño lúcido, pero no había motivo para que Harald lo supiera. "Entonces... ¿estás de acuerdo?" Harald miró a su grupo de honor y luego asintió. "Aye. Estoy de acuerdo. Haz lo que tengas que hacer."